

Periana en Troya en la antigua Grecia

Periana era prima del rey Rodorifo de Livaonia. Doncella a quien Casandra, hija de Priamo, enseña todo su saber y entrega todos sus libros heredados de Medea. Por mandato de su señora, Periana abandona Troya en una nube antes de su destrucción.

Se refugia en una Ínsula del Tenedo, donde edifica con su saber un fastuoso castillo. Allí, invoca al demonio Alibarneo, quien le informa de la desolación que reina en la ciudad troyana, así como del nacimiento de Florante, hijo de Hector y de la amazona Pantasilea, heredero del imperio de Troya, en grave peligro al haber sido raptado por los griegos.

Entonces Periana se transforma en una terrible gigantea y consigue rescatar del campamento griego a Florante. La doncella lo cría hasta los veinte años, cuando lo lleva a la corte del rey Persián de Lidia, donde el infante es armado caballero.

Allí Florante se enamora de la hija de Persián –Florismena- y decide hacerse digno de ella ganando honra con sus hazañas. En ese momento Periana le confiesa su origen y conciertan verse en la ciudad de Troya. Allí, Periana consigue que los habitantes reconozcan a Florante como su legítimo señor. La sabia conjura una legión de demonios terribles que reconstruyen la ciudad y la dotan de una suntuosidad superior a la que jamás tuvo.

(De Lucas Rodríguez.)

De pensamientos cercado
 El griego jóven quedó,
 Como se vido apartado
 De aquella vista, que dió
 A su corazon tal golpe
 Que por medio lo partió:
 Mas la linda Lindabrides,
 Como su tibiez mostró,
 Con palabras regaladas
 Tanto allí le enterneció,
 Que forzado á que la quiera
 Al Febo ilustre forzó
 Dándole favores mil,
 Con lo cual le enajenó
 Para poder mas amar
 A la que primero amó.
 No iba ménos la princesa;
 Que tan igual los hirió
 El tirano y cruel Cupido,
 Que bien su poder mostró.
 Porque al uno nada falta,
 Ni al otro punto sobró.
 Iba cada cual gozoso,
 De lo que nada se holgó
 La doncella **Periana**,
 Que rabia mortal tomó,
 Viendo cómo á su señora
 Este príncipe engañó
 Faltándole la palabra,
 Y á la fe que la ofreció
 De que no la olvidaria
 Y allí lo contrario vió;
 Desabrida y descontenta
 Todo el tiempo caminó.
 Yendo cerca de su tierra
 Lindabrides envió
 Una doncella á decir
 Todo cuanto aconteció
 Al Emperador su padre,
 Y en un lugar se quedó
 A dos millas del Catayo,
 Y allí un rato descansó.
 La doncella es diligente,
 Presto al Catayo llegó,
 Y á sus poderosos padres

Lo que ha pasado contó.
 El padre estaba gozoso
 Por ver lo que él deseó
 Tan de véras, ya cumplido,
 Y aunque al principio pesó
 A la emperatriz su madre,
 Luego mucho se alegró
 Como en lugar de su hijo
 Otro sin igual cobró:
 Y así de hacer regocijos
 Por todo el reino mandó:
 Lo que á recibir tocaba
 Ella á su cargo tomó,
 Para mostrar el contento
 Que esta nueva le causó,
 Y con muy solemnes fiestas
 A sus hijos recibió;
 Y cuando para casallos
 La hora y tiempo llegó,
 En un lecho estando echado
 Periana al Febo habló,
 Y con saña dura y brava
 Quel enojo la cegó,
 Le acuerda allí la palabra,
 Que á su amada prometió
 De no casarse con otra,
 Y tambien le remembró
 Que mirase ser cristiana
 Y que él en su ley nació,
 Y esotra ser descreida
 Porque nunca en Dios creyó.
 Dícete tambien que quiera
 A aquella que más le amó,
 Y mire que á Claridiana
 Nunca mujer le igualó,
 Que en valor y beldad rara
 A esotra mucho excedió;
 ¿Que porqué tan á las claras
 Así la menospreció?
 Pues sabe que á quien la agravia
 Nunca bien le sucedió;
 Porque en ánimo y esfuerzo
 Dios sin igual la crió,
 Y así, que le hace saber,
 Que si alto nombre alcanzó
 Entre todos los mortales,
 Que ya todo lo perdió,
 Porque todas sus hazañas
 La presente escureció,
 Y que no esté muy gozoso
 Si á Claridiana burló,
 Pues no fué gloria burlar
 A quien mal no mereció,
 Y que puede estar seguro,
 Si á su señora ofendió,
 Que ha de vengar la ofensa;
 Y con esto se apartó
 Del príncipe, no queriendo
 Volver, aunque la llamó,
 Y ansina, de pensamientos
 Rodeado le dejó.
 Comenzó á considerar
 Lo que allí le relató
 La doncella Periana,
 Y á su escudero pidió
 Su caballo y armas fuertes
 Y prestamente se armó.
 Con lijereza no vista
 En el caballo subió,
 Y con ansia y agonía
 Del Catayo se alejó.
 Va siguiendo la doncella
 Que tanto le alborotó,
 Tristísimo, y muy lloroso
 Contemplando cómo erró
 En faltar así á su amada
 La palabra que le dió.